

rompía toda negociación, ¿con qué contaba para sostener tan loca violencia? Sus estados del Rosellón á punto de caer enteramente en poder de la Francia, que aprovecharía con gusto ocasión tan favorable, sin marina, sin ejército, sin tesoro, mal hubiera podido contrarrestar las fuerzas de Aragón, que en un momento estarían sobre Mallorca. La ejecución debía ser en Barcelona, ciudad enemiga suya entonces y alborotada con sola su venida, en un puerto de los más concurridos, á la vista de cuatro galeras mandadas por el famoso corsario valenciano mossén Mateo Ferrer, que incesantemente y por encargo de D. Pedro celaba á las cuatro del mallorquín; y para ello, venía éste acompañado de su esposa, hermana de D. Pedro, en quien siempre había de obrar el cariño de la sangre, y la cual traía todas sus doncellas y camareras: singular disposición y gentil comitiva para un lance, en que la sorpresa, la violencia, el sigilo y la prontitud más instantánea debían serlo todo.

Pues si atendemos al modo cómo D. Pedro refiere que ello vino á su noticia, sube de punto la duda, y á par de ella el escándalo. Esparcida la voz de la enfermedad de D.^a Constanza, presentóse al rey un fraile de Santo Domingo, y le participó que uno de los conjurados en confesión le había encargado advertiese al monarca de que por ningún término visitase á su hermana, porque de lo contrario sería muerto. Era el fraile muy familiar suyo, y sin embargo dice el rey cronista que no se le acuerda el nombre: raro olvido en monarca tan diligente y suspicaz, en un hecho de tanta monta, y con quien venía á salvarle. Turbóse D. Pedro, y prometió que aquella noche no iría á ver á su hermana; pero añadió que si el fraile no alcanzaba de su penitente entera revelación del plan, en otra lo efectuaría. Los infantes, su tío D. Pedro y su hermano D. Jaime, como ignoraban el riesgo, con grande instancia le indujeron á resolver que pasaría á San Francisco la mañana siguiente, no empero sin tomar algunas precauciones. Proveyó que, entrado en la cámara de D.^a Constanza, cierto número de servidores suyos se quedaría á la puer-

ta, la cual no permitirían se cerrase, y que las cuatro galeras de Mateo Ferrer se arrimarían á las mallorquinas lo más que pudiesen; mas una indisposición suya estorbó esa visita, y le forzó á recogerse por algunos días. En esto volvió el fraile, y por su consejo mandó el rey al infante D. Jaime que fué á San Francisco, y de grado ó á la fuerza le trajese su hermana doña Constanza: lo cual hizo el infante con grande oposición y pesar del de Mallorca, y con quebrantamiento del salvo-conducto concedido por el rey. Puesta D.^a Constanza en los aposentos bajos de palacio, dice D. Pedro que le reveló á él y al infante toda la traición proyectada; y como á poco viniese el tío del monarca á reprenderle aquella temeraria acción, *el Ceremonioso* volvió á bajar con él al cuarto de su hermana, que de nuevo lo refirió todo, con no poca sorpresa y espanto del tío.

Fué caso el más escandaloso romper la palabra empeñada, separar dos consortes sin ningún derecho ni información y sólo á la fuerza, como si quisiera apartar del mallorquín cuanto pudiera retraerle de realizar sus planes; y avergüenza más y más la relación del rey á quien considere que no se probó después tal declaración de D.^a Constanza, y cuán repugnante inverosimilitud envuelve poner en boca de la hermana la acusación del esposo. Si ella prefirió servir al primero á defender al segundo, ¿por qué éste incesantemente la reclamó y puso su demanda á los pies del sumo pontífice? ¿por qué D. Pedro la retuvo tan recogida? ¿por qué ella misma importunó á su cruel hermano para que la dejase reunirse con su esposo? Su prontitud en administrar justicia le valió á D. Pedro el renombre de *Justiciero*, y su excesiva severidad y arrebatos el de *Cruel*: en Aviñón un desacato casual de un palafrenero le fué suficiente motivo para requerir la espada é intentar la muerte de su cuñado, en la calle, delante de aquel gentío, en medio de la nobleza de sus reinos y de los extraños; ahora, como si de repente se hubiese amansado aquella su condición terrible y fiera, ni siquiera prendió á D. Jaime, que otro día, mientras él estaba á la mesa, sin ningún temor

se le presentó y le dijo: « Señor, yo vine aquí en fe de vuestro salvoconducto; y sin embargo se me ha hecho violencia, mandando vos se me quitase á la fuerza mi mujer, y sé que nada bueno se me prepara. Por esto vengo ahora á despedirme de vos, y pues que tan mal cumplís vuestra palabra, parto y os niego los feudos que por vos tenía. » Salió de palacio el mallorquín entre los murmullos de los circunstantes, que extrañaban no castigara el rey con la prisión tanta arrogancia; metióse en sus galeras, y mandó que le siguiesen todas las damas y doncellas que habían venido acompañando á D.^a Constanza. Una sola se negó á obedecerle; y *el Ceremonioso*, que no retuvo el interesante nombre del fraile que le salvó la vida, ni el del conjurado que advirtió de su peligro al confesor, da buena prueba de su memoria diciendo que aquella camarera se llamaba Vicenta y era natural de Mallorca. Á los cargos anteriores, pues, agregóse el crimen de la traición supuesta, y de él, como del principal pretexto, se motivó la ruina del desgraciado D. Jaime: « si fué sospecha, dice el gran Zurita, se le dió más crédito del que debiera para justificar el rey su proceso; y si fué invención, no pudo ser cosa más infame y deshonesta de nuestra parte. »

El rey de Mallorca mandó prender todos los súbditos de Aragón que se hallaban en sus estados, tomándoles sus bienes, y se puso á punto de guerra; y el nuncio apostólico, como vió tanto rompimiento, se fué de Barcelona á principios de Agosto de aquel año 1342. Dispuso con ahínco D. Pedro cuanto para apoderarse de los estados de su enemigo le importaba: puso en la frontera del Rosellón al infante D. Jaime y á D. Lope de Luna con buen golpe de gente; aprestó grande armada, para lo cual envió por las galeras que D. Pedro de Moncada mandaba en el estrecho de Gibraltar; y tanto activó el proceso, que á 21 de Febrero de 1343 dió en Barcelona su sentencia definitiva, por la cual, hecho mérito del crimen de haber faltado el de Mallorca á la citación y de los demás cargos sobre quebrantamientos de homenaje y acuñación de moneda, declaró haber lugar á ocu-

par por ahora sus estados, y si no compareciese dentro un año y no deshiciese todas las acusaciones, á incorporarlos á la corona aragonesa.

Vióse entonces cuánto codiciaba la posesión de Mallorca, pues ni las mismas súplicas de D.^a Sancha, tía del mallorquín, viuda del rey de Nápoles, bastaron á que suspendiese la jornada; al paso que dió una no leve muestra de aquella profunda sagacidad y tacto político que le caracterizaron. Mientras á la embajada de la reina viuda contestaba que ya en la toma de Mallorca iba el honor de su corona, que tenía las tropas y la armada á punto, y que los gastos hechos eran crecidísimos, lo cual equivalía á decir que la ventaja de la fuerza sólo se cede á la indemnización más amplia y que él no quería levantar la mano del negocio; para conciliarse las simpatías de los súbditos extraños, publicaba que principalmente le movía ver tiranizados y vejados con impuestos los estados del mallorquín, presos y aun muertos vasallos inocentes, y los del Rosellón tan miserables y oprimidos que no pocos venían á ampararse de él como de su señor directo: palabras que siempre han sonado bien á los oídos de los pueblos. Si en la pasada expedición de D. Alfonso *el Liberal* los mallorquines no se señalaron por su resistencia y por su adhesión á su rey D. Jaime II, si entonces el aragonés fué quien primero les movió pláticas de entregarse; ahora enviaron ellos á Cataluña á Beltrán Roig á ofrecer al rey que, si pasaba á la isla, le reconocerían por soberano en la primera ocasión que se les presentase. Hízose el convenio á 1.^o de Mayo: don Pedro prometió mantenerles en el goce de sus privilegios, les aseguró la posesión de sus bienes, y de antemano perdonó á cuantos harían armas contra él en las primeras peleas que tal vez no podrían excusarse, con otros capítulos concernientes al gobierno de aquel reino; y recompensó al enviado con seis mil sueldos de renta, franqueza de todos sus bienes, y facultad de hacerse armar caballero por cualquier noble.

Entre tanto no se daba vagar D. Jaime III, sino que guarne-

cía los puertos de la isla, y aprontaba un ejército de trescientos caballeros y más de quince mil infantes: número bastante á impedir el desembarco, si les asistieran las dos circunstancias principales para la fuerza,—la fidelidad á su rey, y el valor que ella infunde (a). La flota del *Ceremonioso* se componía de más de treinta galeras, siete de ellas gruesas ó ujeres y muchas sutiles, veinte naves de dos cubiertas, y varios buques menores: en suma ciento y diez y seis velas. Hízose á la mar á 18 de aquel mes de Mayo; y con tiempo vario y pasada gran fatiga arribó á la Palomera el 23, y habido consejo, resolvióse ir á desembarcar en San-

(a) Que en 24 de Abril de 1343 se hallaba todavía en Perpiñán, y que se preparaba á acudir á la defensa de la isla, despréndese de la notable carta que entregó por credencial á los que en ella van nombrados. (*Archivo general del reino de Mallorca*, perg. n.º 87.) «Als amats e feels nostres jurats e prohomens e á tota la universitat del regne nostre de Malorques.—A la vostra á nos molt cara feultat los amats e feels nostre conceler e camarlench Johan de Sent Johan cavaler e Pere de Cardona nostre cambrer trametem, los quals per só avem elegits, cor leyls e fervens en nostra honor, axí com aquels que de bona terra procesint malvats fruyts ésser no poden, los avem atrobats, e cor axí com part de vostra universitat serán per vosaltres mils receptats, e sen porá mils á las del regne provesir necessitats; els quals la nostra justa e necessaria excusació, cor no us avem personalment visitats, vos dirán; e la nostra bona e gran affecció, per la qual breument serem ab vosaltres ensemps ajustats, vos explicarán; e 'l prompte e fort adjutori qu' avem procurat, ab lo qual de nostres e vostres enemichs serets defensats, vos recomptarán; e als cuns duptes, que nostres adversaris en fer lur poder e demérits a vosaltres se son esforsats, vos declararán; e oltre nostre clar dret, lo quals ja us avem manifestat, la rahó en que del feyt de la guerra nos som posats, vos recitarán. Perque axí com á amichs specials e cars vos pregam, e axí com feels nostres leals e purs vos requerim, e axí com á sotsmeses nostres obediens e humils vos manam, que als demunt dits, en so que de nostra part vos dirán, cresats, e las amonestacions de nostre amat e feel camarlench e conceler e lochtinent nostre Roger de Roanach e dels demunt dits fer vulats, car esperança avem en Nostre Senyor que la nostra justicia per eyl favorejada, e la injusticia de l' altre part condempnada, e la rahó en que 'ns posam acceptada, e la obstinacia de la contraria part airada, e la leyltat qu' en vosaltres es gran apurada, no oblidant, e los apareyls que per nos se fan ajudant, nostre regne se defendrá, e victoriosament de nostres adversaris Deus nos gardará. Donchs ferms vulats estar e la defensió del regne procurar, perço que an aquels qui menten e de enfeultat aver envés nos vos difaman, puscats baronivolment contrastar, e que açó que disen no es ver, axí com á nos es cert, á tot lo mon per obra feel e savia e vigorosa e ardidada manifestar.» Es copia auténtica mandada sacar en el año siguiente por el rey D. Pedro, acompañada de la declaración de que el original era autógrafa del mismo Jaime III; y en efecto, el rebuscado estilo y las transposiciones semi-latinas acusan las aficiones literarias del malogrado príncipe.

ta Ponza, donde acampaba D. Jaime. Llegados á aquel punto, hiciéronse de la escuadra cuatro divisiones; y al romper el alba del domingo, 25 de Mayo, puestos los almugávares y sirvientes en los botes, moviéronse todas con buen concierto. El rey con la primera, que constaba de cuatro galeras, arrimóse al monte que se levantaba á la izquierda de aquella bahía delante de Pagueira, y espada en mano saltó de los primeros en la roca. Sostúvole la segunda, á las órdenes del almirante D. Pedro de Moncada, compuesta de catorce galeras, la cual echó las escalas más cerca de la playa, en donde tomó tierra la tercera, de diez y siete, mandada por el infante D. Pedro y por D. Pedro de Ejérica. La cuarta, de cuatro, debía amenazar directamente el puerto y campamento de Santa Ponza para que acudiese allí el grueso de las tropas enemigas y entretenerlo. Estaba la ventaja por los de tierra: á su derecha ocupaban la colina, á cuyo pie desembarcaban con harto trabajo las dos primeras divisiones; y protegidos por aquella posición, podían emplear en la playa contra la tercera del infante toda su caballería. Trepaban los del rey y del almirante por el monte con no poca fatiga: la subida era tan agria, que poquísimos hombres con solas piedras y las armas arrojadas bastaban á defenderla; y sin embargo, los mallorquines desampararon la posición y se salieron de la batalla. En lo llano de la playa, donde tomó tierra la gente del infante, pareció que se empeñaría la refriega, porque aquella división era el grueso de las tropas aragonesas, y acudían á impedir su desembarco casi toda la caballería y gran parte de los peones mallorquines. Si á la primera y segunda no consintió que sacasen caballos la aspereza de la costa y del cerro, á esta tercera le quitaban todo lugar de hacerlo los escuadrones enemigos, que ya muy á punto de batalla hubiéranse aprovechado del desorden que semejante operación debía introducir necesariamente. Casi sin caballería, pues, recibió la carga de los de D. Jaime: empero eran los desembarcados almugávares intrépidos y caballeros experimentados en las armas, y los de tierra gente levantada al

són del peligro, no avezada en su mayor parte á los trances de la guerra, y tal vez falseada en la lealtad á su caudillo. La carga fué tan desordenada y floja, que los de Aragón, con sólo moverse para tomar la ofensiva, les hicieron volver las espaldas más que de paso. Fué gran vileza y deshonor así ceder el campo sin teñir las espadas, y abandonar á su rey desventurado: si lo hicieron no más que por cumplir lo que Beltrán Roig había convenido con D. Pedro, á la nota de cobardes añadieron la de pérfidos, porque bien pudieran antes excusarse con su rey de tomar las armas, no ponerle en tan duro riesgo; y de todos modos, pues estaban á punto de guerra y acompañaban á D. Jaime para oponerse á la desembarcación, la orden de caballería que deshonraron forzábales á sostener el empeño comenzado. De entonces pudo prever D. Jaime III cuán poco debía fiar en la firmeza de aquellos sus vasallos; y temeroso de caer en manos de su enemigo, partióse de la isla.

Detúvose en Paguera el rey todo el lunes para que descansase el ejército; y hacia el mediodía presentáronsele dos religiosos dominicos mallorquines, que pidieron salvoconducto para los mensajeros que la ciudad quería enviar al campo. El martes, levantado éste, con muy buena formación y concierto pasó la hueste á Santa Ponza, indicando D. Pedro con esa lentitud tan ajena de su carácter que ya estaba seguro de que sin manejar las armas se le rendiría toda la isla; y mientras le ponían su tienda, vinieron los enviados de la ciudad á decirle que extrañaban entrase en la tierra con tal rigor cuando ningún daño había recibido nunca de sus habitantes. D. Pedro reiteró las protestas de que sólo los desmanes de su cuñado le ponían las armas en la mano; y aunque ellos contestaron que no era suyo examinar la conducta de su príncipe, sino serle leales, todo no pasó de mera fórmula y apariencia; y oídos los informes que sobre los supuestos crímenes de D. Jaime les dió el vice canciller del de Aragón, el miércoles se volvieron á la ciudad. Púsose en marcha el campo el jueves, ya muy entrado el día; y á media legua

de Portopí, segunda vez se presentaron los enviados, suplicando al rey que ahorrarse á la vega de la ciudad la tala que de semejante ejército le vendría. Dióse, pues, la orden de hacer alto en Portopí, y aun tuvieron que retroceder los que ya pasaran más allá de este punto; y aquel día y el siguiente se discutieron y firmaron los capítulos de la entrega. Al instante, pidiéndolo encarecidamente los mallorquines, mandó el rey que se recogiesen á las embarcaciones los almugávares y demás infantería; porque era tanto el temor de los ciudadanos, que si vieran á aquella gente entrar en la plaza, nada del mundo pudiera disuadirles de que serían saqueadas sus casas y ellos destrozados. El día siguiente, último de Mayo, pasaron á Portopí los jurados de Mallorca; y prestado homenaje á D. Pedro, juróles él sus privilegios y libertades, como antes quedó convenido con Beltrán Roig. En seguida dió el pendón real á D. Blasco de Alagón, que armado de todas piezas con una compañía de á caballo lo metió en la ciudad, lo paseó por ella, y subiendo al alcázar de la Almudayna, lo tremoló y lo puso en la torre más alta, que es la del Angel. Esta fué la única demostración guerrera de los vencedores, pues los jurados suplicaron que los demás entrasen sin armas para que no se atemorizara el pueblo; y así, depuestas las cotas aceradas, y vestidos caballeros y pajes de gala y corte, fuéronse allegando á Mallorca como á una ciudad amiga. Vestía el rey un rico traje muy ajustado al cuerpo, mitad de terciopelo colorado y mitad de paño de oro á la usanza pintoresca y elegante de aquella edad: y descubierta la cabeza, entró en Mallorca, se dirigió al alcázar, y hecha oración en la capilla, armó caballeros á varios señores de su corte.

La traición y la cobardía habían hecho el principal papel en todo aquel suceso; y no es extraño que también saliese á plaza la adulación, si no la bajeza. Lejos de demostrar los mallorquines que sólo el convencimiento de su inferioridad pudo hacerles ceder, el 1.º de Junio asistieron al banquete que dió *el Ceremonioso*, al mismo tiempo que éste con público pregón se hacía in-

titular rey de Mallorca, y mandaba poner este título en su nuevo sello. Mas como en la enumeración de sus reinos y condados se pospusiese Mallorca á Valencia, desagradó la novedad á algunos de los barones isleños, que manifestaron al rey cuánto lo extrañaban. Contestóles el aragonés que, si bien antiguamente Mallorca se antepuso en los títulos del rey de Aragón á Valencia, este reino ahora se había ennoblecido y acrecentado sobremanera, y añadió con agudeza y riendo: «en aquel lugar preferente no le cupo á Mallorca la dicha de permanecer unida á la corona de Aragón, antes ha sido dada y cobrada dos veces; por esto queremos probar si le cabrá ahora mejor suerte en el tercer lugar de nuestros títulos (1).» Dicho esto, redobló la risa, y todos tuvieron por conveniente acompañarle en ella.

Sólo el castellano de Bellver Nicolás de Marí duraba en la fidelidad á su monarca, y resuelto á defenderse, negábase á cuantas proposiciones se le hacían: pero su lealtad y su valor no animaban á su gente, que con la más negra traición abandonó el castillo. Los de Alaró y Santueri también sin resistencia vinieron á poder de los aragoneses: el de Pollensa no les quiso abrir sus puertas, y fueron menester refuerzos y máquinas y largo sitio para vencer la tenacidad de los cercados (a). Mandaban allí un aragonés y Guillén de Só, del Languedoc; y como aquella sola fortaleza burló por tanto espacio los esfuerzos de los sitiadores, fué mayor la infamia de los que con mayores fuerzas y mejores medios de defensa tan cobardemente se habían rendido. Menorca é Ibiza se dieron á una mera intimación, y enviaron sus síndicos á Mallorca á prestar el homenaje á don

(1) D. Jaime *el Conquistador* se intitulaba rey de Aragón, Mallorca, Valencia, etc. D. Pedro de Aragón, Valencia, Mallorca, etc.

(a) Duró el sitio cerca de tres meses desde 8 de Junio hasta los últimos días de Agosto, terminando por honrosa capitulación que fué remitida para su aprobación á Pedro IV. Declaró éste que no sirviera de precedente contra franquicias la forzosa campaña impuesta á los moradores de la isla para la reducción del castillo, y que pagara sus cuantiosos gastos la procuración real.

Pedro, que entonces lo iba recibiendo de los enviados de todas las parroquias, y aun de los particulares más notables. Nombrados á su gusto todos los oficiales reales, puestos alcaides en todos los castillos y demás fortalezas, excepto el sitiado de Pollensa, asentado cuanto á la gobernación de aquel reino convenía, pensó D. Pedro que ya era hora de dejar á un lado todo disimulo y hacer pública su voluntad ambiciosa. Sabida por los jurados mallorquines su resolución de coronarse rey de las Baleares con pública ceremonia, dispusieron grandes festejos y ordenaron gastos crecidos, como si se hubiese destruído el imperio de la tiranía y de la usurpación, y se restituyera el cetro á la legitimidad y á la justicia. El rey, que como tan cuerdo no quiso que de su coronación se resintieran las haciendas de sus nuevos súbditos, ni dejarles con esto motivos de queja, llamó á los jurados la víspera, que fué un sábado 21 de Junio, y se lo prohibió en términos los más lisonjeros para la ciudad, por cuyo bien tan ostensiblemente miraba. Aquella noche fué á velar en la catedral; y el domingo, llena la iglesia de las diputaciones de los pueblos, de la nobleza y ciudadanos, salió con gran pompa de la sacristía con las insignias reales (1), y en el presbiterio oyó los divinos oficios. Acabados, tomó asiento, y en una breve arenga hizo mucha honra á Mallorca, cometiéndole á su vice-canciller la explicación y fundamento de sus derechos á la corona mallorquina, y la enumeración de los tuertos y delitos por los cuales la había perdido su cuñado D. Jaime. Tras esto, púsose en pie su secretario Ramón Sicart, y con leer la capitulación acordada en cortes de Cataluña y Valencia de que los estados de D. Jaime para siempre se uniesen é incorporasen á la corona de Aragón, publicó el verdadero móvil de todos aquellos pasos y el fin de tantas apariencias, y lanzó del trono á D. Jaime III. Entonces echó á andar el rey bajo palio de brocado de oro, que habían aparejado los jurados, y llevaban ellos y

(1) Véase el número 35 del *Apéndice*.